

Violetas y ortigas, ENRIQUE JOSÉ VARONA, edición oficial.—La Habana, "Cultura", 1938. 289 pp. (Obras de... 4; Literatura, III).

En 1933, a los 84 años de edad, murió este cubano, grande como maestro, orador y periodista: tanto había contribuido al desarrollo de su patria, de una colonia política y espiritual, a república de un cultura cada vez más propia. Figura principal con respecto a la literatura nacional, y aun continental, Varona no dejó, sin embargo, ni una sola obra de gran aliento, de inspiración magna: no llegó a escribir el libro que pudiera —y debiera— haber escrito, el libro en que sin duda habría vertido la grandeza y la fuerza de su espíritu. No obstante, merece el puesto en que le coloca Vitier con Sanguily, Piñeyro y Montoro, como una de las "cuatro figuras coetáneas, talentos literarios de primer orden en la literatura cubana".

Jamás fué escritor popular; no escribió ni novelas, ni cuentos, ni dramas y como poeta no compuso versos para ser recitados, ni apreciados del gran público. Su obra más extensa y más profunda está en sus escritos filosóficos, y como orador y escritor político gozó de cierta fama. Pero su obra más característica es la del articulista, que lo fué desde 1890 en adelante, y de esta labor figuran entre los más apreciables libros cubanos de estética y de crítica literaria éstos tres de Varona: *Artículos y discursos* (1891), *Desde mi Belvedere* (1907), y éste que vuelve a salir en nueva edición —con el mismo título y con los mismos ensayos de la primera edición de 1917— dentro de las "Obras Completas" del autor que publica "Cultura", serie que se inició con el libro laureado sobre el tema: *Enrique José Varona: Su vida, su obra y su influencia*.

Estos sesenta artículos de *Violetas y ortigas*, de unas cinco páginas cada uno, escritos entre los años 1894-1906, versan sobre muchos temas, pero por lo general son de índole estético-literaria: reseñas de unas obras nacionales —que son la minoría— o de libros extranjeros, entre los cuales predomina el libro francés; relato de algún acontecimiento artístico del día; un artículo sobre estética literaria. Ya en ellos censura Varona los elogios descomunales y las comparaciones desatinadas que hace Castelar de Echeagaray en un discurso —"Balumba monstruosa de palabras desmesuradas, que se inflan, giran, se diafanizan, se tornasolan y estallan sin dejar apenas la espuma de una idea"— pronunciado ante la Academia de la Lengua... En este ensayo el cubano, como en aquel entonces también lo hacía otra figura hispanoamericana de personalidad fuerte y de una crítica sincera y vehemente, González-Prada, del Perú; pone en el lugar que por fin la posteridad les ha señalado, a unos de los hombres más destacados y más

aplaudidos de la España finisecular; ya coloca a *Cyrano de Bergerac*, que apenas salió como novedad, entre las grandes obras poéticas inmortales, y después de leer varios artículos escritos por otros con motivo de esta comedia heroica no puede menos de atacar a esos eruditos de "cerebro demasiado repleto de datos, nombres y fechas" en cuyas pesadas manos sufre la obra de Rostand; ahora elogia el "admirable teatro" francés y se entusiasma por dos de sus ilustres hijos, Becque y Porto-Riche; "Cómo debe leerse el *Quijote*"; "El monumento a Sainte-Beuve"; comentario de la obra de sus compatriotas Piñeyro (*El romanticismo en España*) y Nicolás Heredia; artículos sobre Tolstoi, Renan y Emerson, Heredia (francés), Janet, y otros más, tal es la variedad y riqueza de temas de este libro.

Por todo esto se revelan la extensa lectura de Varona y su amplio conocimiento de la literatura universal; se revelan también su actitud filosófica, su criterio literario y su preparación de humanista; se le descubre al autor como hombre que aprecia ante todo lo humano y lo emocional como cualidad netamente humana y no como fin del arte — véase el artículo sobre Verlaine en que manifiesta su admiración por el gran bohemio "cuando... deja hablar su corazón y nos dice las melancolías de las cosas que parecen alegres", pero define su arte efectista como producto inevitable de la época en que le tocó vivir, patentizando así su oposición al "arte decadente" en general. En el primer ensayo, en que sale a la defensa de la ciencia declarada en bancarrota por Gómez Carrillo y los modernistas, queda apuntada su filiación con los positivistas.

Pero no esperemos ver en nada de esto pasión ni exageración. Fué siempre hombre y escritor de equilibrio y de mesura, características tan bien señaladas por Vitier en su penetrante y acabado estudio "La obra literaria de Varona", que forma parte del primer tomo de las "Obras Completas". El estilo está en armonía con el espíritu del hombre y con el tema, un estilo natural, corriente, que revela al autor sólido y sano que hace su trabajo sin anhelos de producir obra de espectáculo y sin afán de lograr fama sensacional.

Estos ensayos se leen, y se leerán siempre, con interés y con provecho. Les debemos honda gratitud a los compatriotas del autor por haber hecho una nueva edición de este libro de tanta significación para el estudio de la cultura cubana.

JOHN E. ENGLEKIRK,
Tulane University.